

sistían en todas sus protestas. Cada uno de ellos se levantó y dijo terminantemente: «Lo declaro.»

Así se rompió el pacto más político que honroso que Barnave había creído posible concertar tácitamente entre la derecha y los constitucionales. Malouet, como se había convenido, inició la crítica de la Constitución con mucha habilidad y fuerzas. Pero Chapelier le interrumpió. Desligado del pacto secreto por la nueva protesta de la derecha, sostuvo que Malouet debía hablar, no sobre el fondo, sino únicamente sobre el orden establecido entre los diversos títulos de la Constitución.

El arreglo, la fusión necesarias para formar un cuerpo con tantas leyes sueltas, había ocupado por mucho tiempo á los comités de Constitución y de revisión. Se dice que un amigo de Lafayette, Ramond, que fué luego miembro de la Legislativa, es el que propuso el orden que acabaron por seguir, orden lógico y hábil, que bajo pretexto de condensar, hacía desaparecer muchos de los artículos que había votado la Asamblea. De aquí resultó una gran tirantez entre los mismos constitucionales. Más de una vez votó la Asamblea en contra de sus comités. Habiendo denunciado un diputado las «graves omisiones que creían notar los verdaderos amigos de la libertad», se produjo una tempestad y Barnave se exasperó hasta el extremo de ofrecer su dimisión.

La revisión se convirtió en un espectáculo lastimoso. Aquella noble Asamblea, que á pesar de todos sus defectos, no por ello fué menos grande y digna de que la historia conserve su recuerdo, ofreció á la humanidad la enseñanza de que una vida más larga de lo que debe vivirse, está expuesta á la vergüenza, á la inconsecuencia y á desmentirse á sí propio.

Sorprendida en flagrante delito de aristocracia y de realismo, por acción y por omisión, demostró tristemente su tímido deseo de retroceder y la falta de valor que la impedía caminar lo mismo hacia atrás que hacia delante. La audacia que se reflejó breves momentos en algunos discursos de Barnave, no obtuvo buen resultado. Al considerar Robespierre al rey como un simple *funcionario*, negándole el título de *representante* de la nación, sostuvo Barnave que el *funcionario* no podía *obrar* sino en nombre de la nación, pero que el representante no podía *querer* por ella. De aquí deducía la inviolabilidad de la persona real. Esta distinción, muy clara, tuvo precisamente el defecto de presentar la cuestión al desnudo, comprometió la monarquía é hizo á las gentes enemigas irreconciliables de un poder que quería en vez de la nación.

A decir verdad, la voluntad real era muy imponente en la Constitución del 91. Su acción era puramente negativa; no podía más que impedir. El *veto suspensivo* que conceda al rey podía suspender durante tres años la ejecución de los decretos; poder irritante, provocativo,

que debía indudablemente producir explosiones. Con esto quedaba reducido el poder real á una majestuosa inutilidad, como uno de esos muebles antiguos, magníficos y sin uso, que se conservan en las casas modernas por sus recuerdos, pero que molestan, que ocupan un puesto inútilmente, y que cualquier mañana son por fin destinados al cuarto de los trastos viejos.

La Asamblea había privado al rey de la acción sin dársela al pueblo. Faltaba en aquella vasta máquina el principio del movimiento; la agitación estaba en todas partes, la acción en ninguna.

¿Era esencialmente burguesa la constitución, como se ha dicho repetidas veces? No puede afirmarse. La que se exigía, condición para ser elector, 250 francos de renta, era completamente ilusoria si se pretendía establecer un gobierno burgués. El mismo republicano Buzot se burló de ella y dijo: «Desde vuestro punto de vista, no son 250 francos de renta los que debierais exigir, sino 250 francos de contribución.» Entonces hubiera sido, en efecto, una verdadera base burguesa, análoga á las leyes electorales que rigieron desde 1815 á 1848.

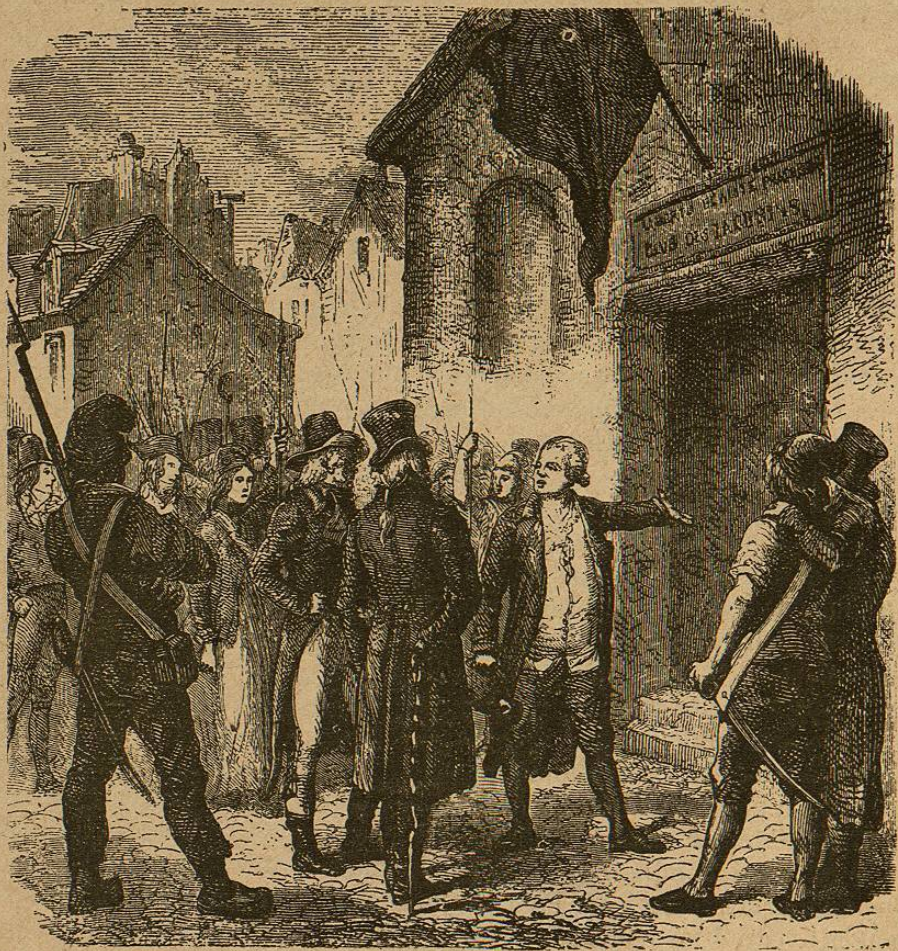
Los *electores* de 250 francos de renta, con la interpretación que se dió á la ley en favor de los colonos, eran en número inmenso. Los *ciudadanos activos* (electores de los electores que pagasen tres jornadas de trabajo) eran unos tres ó cuatro millones.

Solo los ciudadanos activos eran *guardias nacionales*, otra distinción irritante y además casi inútil; la diferencia entre los que pagaban tres días de trabajo y los que no pagaban nada era insignificante; ¿ofrecía el primero muchas más garantías que el segundo? ¿Quién podía decidirlo?

Visiblemente se sobrevivía á sí misma la Asamblea durante la revisión, disminuyendo de día en día el número, el aspecto y la dignidad de sus miembros. Se consumía miserablemente. Sus ilustres pensadores callaban ó hablaban poco. Generalmente abandonaban la iniciativa á un hombre de tercer orden, hombre de negocios y de expedientes, político industrial; á Dandre, cuyo arte se reducía á servir á la monarquía empleando formas jacobinas. Para mejor desorientar al público, atacaba muchas veces á los realistas, hasta el punto de apoyar un día una proposición para declarar expulsados á los trescientos que protestaban. Su figura insignificante y su traje cuidadosamente descuidado, completaban la ilusión. Sin embargo, un no se qué de Frontin de comedia que se notaba en su rostro (debemos este retrato á su amigo Dumont) revelaban al hábil actor. A veces se le escapaban frases inconvenientes; acusado como autor de cierto libelo, confesaba que al menos hubiera querido serlo. Otras veces exageraba su papel; en Setiembre, durante la revisión, se asoció á una casa de comercio, creyendo hacerse popular y se tituló: Dandré, tendero de ultramarinos; lo cual no sentó bien á nadie, pues se creyó con razón que era una mala imitación del medio empleado por Mirabeau el 88 (según una tradición falsa, pero muy ex-

tendida) abriendo en Marsella una tienda con un rótulo que decía: Mirabeau tintorero.

Aquellas farsas miserables que no engañaban al público, aquel abandono que de sí misma hacía la Asamblea entregándose en manos de



La calle estaba llena de gentío... (Pág. 663)

aquel intrigante realista, inclinaban á toda la Francia hacia el partido de los Jacobinos.

Al principio de Septiembre pidió ser admitido Antonio, el secretario de los Fuldenses; al fin del mes, Bouche, su presidente y una porción más, le imitaron. El duque de Chartres fué á buscar una doble corona cívica, por haber salvado la vida, según se dijo, á dos hombres. La sociedad de París es más numerosa que nunca. Pero lo verdaderamente sorprendente es el aumento súbito de las sociedades de provincias y su

inmensa multiplicación. ¡En Julio había *cuatrocientas* sociedades, en Septiembre se dice que hubo *mil*! De las antiguas, trescientas se comunicaban igualmente con los Jacobinos y con los Fuldenses y cien solo con los Jacobinos. ¿Y las *seiscientas* nuevas, á quién pidieron afiliarse? A los Jacobinos solos. Estos son evidentemente los vencedores, los dueños de la situación y del porvenir.

Aquel inmenso movimiento de la Francia que parece como que se precipita en una asociación, resalta en la sociedad madre de los Jacobinos de París. ¿Pero aquella sociedad renovada, bajo que influencia se ha reorganizado recientemente? Ya lo hemos visto, bajo la de Robespierre. Es otra sociedad diferente, más ardiente, más joven, en que los hombres importantes, los pensadores, los razonadores, son menos numerosos, con seguridad. En cambio abundan los hombres apasionados, de sensibilidad, los artistas, los periodistas, la mayor parte de segundo orden. Aquella sociedad, cerebro ardiente de la inmensa sociedad jacobina extendida por toda la Francia, irá de día en día pensando y razonando por un solo hombre; en la cúspide del prodigioso edificio formado por mil asociaciones, veo la pálida cabeza de Robespierre.

Ha escogido por domicilio la puerta de la Asamblea y parece que allí ha fijado su asiento. Si no se le encuentra en los Jacobinos, está con seguridad enfrente de la Asunción, en casa del carpintero Duplay. ¿Veis aquella puerta baja, aquel patio húmedo y sombrío donde se cepilla y se sierra? Encima, en el primer piso, en una habitación bohardiada, posee madama Duplay al mejor de los patriotas... ¡Ah! quién es el buen ciudadano que al pasar por delante de aquella puerta no siente que se humedecen sus ojos?... Las buenas mujeres le esperan en la calle, muy dichosas si ven un momento «al pobre querido Robespierre», cuando sale limpio y decente con su vestido nuevo rayado. Sus anteojos atestiguan que antes de tiempo ha gastado ya mucho su vista por el pueblo... ¡Lástima no poder besar los faldones de su traje! Se contentan con seguirle... Camina, sin reconocer á nadie, seco, con pureza cívica, y recto como la virtud.

¡Cuán lejos estamos ya del 18 de Julio, de aquella petición humillante con la que Robespierre salvó á los Jacobinos! Hemos llegado al 1.º de Septiembre.

Ha terminado la revisión. Se trata de saber si será presentada la Constitución á la aceptación del rey y cómo se hará constar que en aquel momento es libre el rey. Le permitirá la Asamblea modificarla, aceptarla bajo condición? Robespierre pronuncia un discurso bien meditado para anonadar á la Asamblea en su partido dominante, para ultrajarla y aplastarla en el hombre más eminente del partido, en Adrián Duport. Aquel ultraje solemne es un acto político para hacer constar la derrota; un partido vencido no está jamás vencido á los ojos de la mayor parte de las gentes más que cuando puede ser ultrajado impunemente, cuando se hunde en el desprecio.

«¿Deben estar contentos, sin duda, dice Robespierre, de todos los cambios esenciales que han obtenido de nosotros? ¿Si aun se puede atacar y modificar una Constitución dos veces acordada, qué nos resta hacer más que volver á tomar nuestras cadenas ó nuestras armas?...» Aplausos en todas las tribunas. La izquierda se agita y murmura. «Señor presidente, continúa Robespierre, ruego á su señoría que le diga á Mr. Duport que no me insulte...» Precisamente Duport no había dicho nada, segun atestiguaron sus vecinos. Probablemente, Robespierre había decidido con anterioridad nombrarle, á fin de hacer recaer sobre aquel nombre todo el peso de la diatriba que desde la tribuna balanceaba como la piedra de una honda en el momento de dispararla.

«No creo que exista en esta Asamblea, dijo, un hombre *bastante cobarde* para transigir con la corte sobre un artículo de nuestra Constitución...» Y miraba á Duport; los realistas le miraban también, contentos y satisfechos. Cuarenta años después aún se estremecía de alegría Montlosier al referir aquella fiesta de oprobio de que disfrutó la derecha con el envilecimiento de Duport.

Continuó: «Bastante *pérfido* para hacer que la corte proponga nuevos cambios que el pudor no le permitiría proponer por sí mismo.» Toda la sala, todas las tribunas enviaron con la mirada la palabra *pérfido* contra Duport, y todos aplaudieron.

«Bastante *enemigo de la patria* para infamar la Constitución, porque ésta limitaría su avaricia.» Nuevos aplausos.

«Bastante *sin pudor* para confesar que no ha buscado en la Revolución más que un medio de engrandecerse.» La derecha reía hasta saltarse las lágrimas.

«No, dijo, no lo creo. No quiero considerar el escrito ó el discurso que pronunciaría en este sentido más que como la explosión pasajera del despecho, ya espiado por el arrepentimiento...» Y luego, esforzando la voz: «Pido que todos nosotros juremos que jamás transigiremos sobre ningún artículo con el poder ejecutivo, so pena de ser declarados traidores á la patria.»

Duport, Barnave y Lameth permanecieron como clavados en sus asientos por aquellas palabras de plomo. Caían asestadas con una pesadez extraordinaria, entre el clamor de arriba, los gritos de las tribunas, entre las burlas infernales de los realistas que con la alegría de los condenados se decían unos á otros: «¡Muerte para nosotros! ¡pero muerte para vosotros!...» Y lo más trágico era el asentimiento tácito de casi toda la Asamblea, que por una mala voluntad natural en quien va á perecer, se divirtió viendo como perecían primero sus jefes ahogados, sin poder dar un grito.

Así era como ellos mismos habían matado á Mirabeau seis meses antes. Hoy les había llegado su vez.

Mirabeau no tuvo aquel fin desesperado y mudo. Estos, preciso es decirlo, espiraban bajo otra presión. Aquellos vencidos hubieran encon-

trado una voz que les defendiera si Robespierre solo, si la Asamblea sola, con las tribunas, hubiese pesado sobre ellos... En realidad lo que les anonadaba, lo que les quitaba la voz y el aliento, la respiración, la vida, era una potencia exterior que no se veía, potencia enorme, inevitable; era el *boa constrictor*, la prodigiosa serpiente de las mil sociedades jacobinas que de un extremo á otro de la Francia, rodeándola con sus anillos, los apretaba sobre la Asamblea que desfallecía, y sobre aquel mismo banco, en aquel sitio torcía y retorcía su nudo. No pensaban moverse; á aquella presión exterior se añadía lo que quita las fuerzas, el vértigo, la fascinación. Su enemigo podía examinar á su sabor friamente dónde y cómo le convenía clavarle el puñal.

Con Duport perecieron los constitucionales: con éstos pereció la Asamblea. Aquel discurso y aquel silencio de asfixia, de ahogo, parece que pertenecen ya á la historia del Terror.

